

Experiencias independentistas, experiencias nacionales: nota sobre los comentarios de Marcela Ternavasio y Fabio Wasserman*

*Independence Experiences, National Experiences:
Note on the Comments of Marcela Ternavasio and Fabio Wasserman*

*Experiências independentistas, experiências nacionais: apontamentos
sobre os comentários de Marcela Ternavasio e Fabio Wasserman*

João Paulo Pimenta

Universidade de São Paulo
São Paulo, Brasil

<https://orcid.org/0000-0001-8415-5074>

<https://doi.org/10.29078/procesos.v.n55.2022.3387>

En sus comentarios a mi libro *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana (1808-1822)*, Marcela Ternavasio y Fabio Wasserman sintetizaron de manera precisa el argumento central que ahí desarrollé: el hecho de que numerosas y profundas relaciones recíprocas entre los procesos de independencia iberoamericanos los convirtieron en senderos políticos no necesariamente contrarios, sino más bien articulados y recíprocamente determinantes, de una misma y multifacética unidad histórica. Desde que presenté las primeras evidencias empíricas relacionadas con los modos por los cuales la independencia de Brasil fue, en parte, resultado de interacciones con lo que he llamado una “experiencia hispanoamericana”, tal argumento despertó el interés de historiadores que, como Ternavasio y Wasserman, contribuyeron para que el objetivo central de un libro publicado y vuelto a publicar en diversos productos académicos se convirtiese, al menos para mí, en el núcleo de una agenda de investigación.

Cuando se escribió *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana*, dicha agenda todavía estaba delineándose.¹ Se inició con mis estudios

* Traducción de Santiago Cabrera Hanna.

1. Inspirada directamente por los trabajos de István Jancsó, “A construção dos Estados nacionais na América Latina: apontamentos para o estudo do Império como projeto”,

sobre las relaciones entre Brasil y el Río de la Plata durante los procesos de independencia y formación de los Estados nacionales en la América del siglo XIX. Pasó después por indagaciones sobre la dinámica político-conceptual de las identidades políticas y nacionales en ese mismo contexto para, finalmente, desembocar en una narrativa que articulase el curso de los decisivos acontecimientos que condujeron a la separación entre Brasil y Portugal con aquellos que transcurrían en una América más integrada que separada por las muchas fronteras entre los dominios de Portugal y de España.

Cuando finalicé la tesis doctoral que dio origen al libro, en enero de 2004, tal agenda apuntaba hacia dos etapas sin conclusión. La primera: el estudio de las reciprocidades entre Brasil y la América española, con la formación de “experiencias lusoamericanas” o “luso-brasileñas” en los procesos independentistas hispánicos.² La segunda (Wasserman la demanda de manera pertinente): la extensión cronológica de la pesquisa original, para que se puedan contemplar los primeros años de constitución del Brasil como un Estado y una nación soberanos.

Para mí es curioso reflexionar en cómo esa extensión cronológica integraba el proyecto de investigación inicial de mi tesis doctoral, que tuve que abandonar pocos meses antes de concluir el trabajo por motivos puramente pragmáticos (la ineludible aceleración temporal que acomete en sus fases finales de pesquisa a todos los estudiantes de doctorado del mundo). Digo esto porque es probable que, en caso de que tal extensión se hubiese contemplado en la tesis y, consecuentemente, estuviese presente en las posteriores ediciones en portugués y en español del libro resultante, probablemente su tratamiento no correspondería a aquello que hoy, según entiendo, es el principal significado de la “experiencia hispanoamericana” para Brasil entre 1822 y 1831: una experiencia histórica ya no propiamente independentista, pero sí de construcción nacional. Esto en medio de diversas alternativas políticas que no siempre estuvieron amparadas en proyectos de tipo nacional pero que, para todos los efectos, continuaron fuertemente conectados al mundo hispanoamericano donde, como en el caso de Brasil. También estaba disminuyendo la importancia del, hasta entonces, crucial problema de su relación con la cada vez más antigua metrópoli, substituyéndola por la indagación todavía novedosa que constituía no solo la formación de gobiernos

en *História econômica da independência e do império*, org. por Tamás Szmrecsányi y José Roberto do Amaral Lapa (São Paulo: Hucitec, 1996), 3-26.

2. Antes y después de mi trabajo, teniendo o no relación, el tema fue desarrollado por varios autores. Una excelente obra reciente a este respecto corresponde a Marcela Ternavasio, *Los juegos de la política. Las independencias hispanoamericanas frente a la contrarrevolución* (Buenos Aires / Zaragoza: Siglo XXI / Universidad de Zaragoza, 2021).

y comunidades políticas hasta entonces inexistentes o débiles; pero sí, en muchos casos, de Estados, naciones e identidades nacionales.

Como bien saben todos los historiadores, un alejamiento parcial de nuestro objeto de estudio, además de ser inevitable por las circunstancias que convierten al pasado siempre en una especie de país extraño, es provechosamente deseable, porque nos ofrece condiciones de objetivación del análisis. Un momentáneo distanciamiento de nuestro propio estudio, de nuestro propio escrito, también suele ser útil. Entiendo que ese fue, precisamente, el caso de *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana*. Esto no significa que la agenda delineada haya sido abandonada u olvidada por mí: sino apenas que la separación entre los períodos 1808-1822 y 1823-1831 me permite ahora contemplar el segundo período con mayor respeto que antes hacia algunas de sus especificidades, aunque fuese jalonado hacia el primero, como era mi inicial intención. Tales especificidades dicen al respecto de aquella nebulosa zona de tendenciosa transición entre ideas y acciones que, por toda América, fue migrando de preocupaciones (favorables, contrarias, neutras) *independentistas* hacia inquietudes (fracasadas muchas veces) *nacionales*.

En ese proceso, Brasil y el resto de América hispánica continuaron fuertemente unidos. Un buen ejemplo de aquello son las guerras de independencia de Brasil ocurridas en varias provincias entre 1822 y 1824, ya diagnosticadas en *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana* como eventos obliterados por parte de la historiografía, lo que contribuyó a la consolidación del mito natural de un Brasil pacífico, sin guerras ni convulsiones políticas y sociales, y supuestamente opuesto a los demás países surgidos de las independencias iberoamericanas. Si numerosos agentes históricos se esforzaron por evitar que en Brasil ocurriesen las escenas de violencia social y convulsión política que observaron no solamente en la América española, y si muchos de esos agentes se esforzaron en creer que, en ese aspecto, Brasil era diferente de sus vecinos continentales, las guerras de independencia deberían ser suficientes para demostrar la ilusión de las pretensiones de singularidad y superioridad de un Brasil que, por entonces, comenzaba a descollar en el escenario de los Estados nacionales independientes, recién poblado por nuevas entidades americanas. La Guerra Cisplatina (más conocida en Argentina y Uruguay como “Guerra del Brasil”) entre 1825 y 1828, puede incluso ser considerada, de acuerdo con la perspicaz observación de Ternavasio, como la última de las guerras de independencia en América del Sur, al mismo tiempo que el primero de sus conflictos nacionales.³ Pero tales conflictos fueron sometidos mayoritariamente a la narrativa oficial que des-

3. Véase su intervención en “Fórum Debate”, *Revista Almanack* (2021), https://www.youtube.com/watch?v=_XnjLTQ1jsI.

puntaba: si el Brasil era diferente y superior a sus vecinos americanos, tales guerras no podían ser consideradas como hechos notables.⁴ La historiografía nacional brasileña que se estableció a lo largo del siglo XIX creyó en esa versión. Historiografías de otros países también lo hicieron.

El ámbito de la diplomacia y las relaciones internacionales, fuertemente rediseñado por las progresivas consolidaciones de los procesos de independencia iberoamericanos, parece haber seguido tal dirección. Desde las primeras tentativas de reconocimiento internacional de Brasil como un reino independiente, iniciadas a mediados de 1822, hasta los formales reconocimientos del Imperio brasileño como un Estado plenamente soberano, lo que se observa es una profunda articulación con los proyectos y esfuerzos políticos llevados a cabo en la misma dirección por gobiernos hispanoamericanos. En sus misiones cerca de los gabinetes de Londres, Madrid, París y Washington, los primeros diplomáticos brasileños siempre chocaron en la competencia con sus colegas hispánicos, en relación con los cuales pretendían ser reconocidos como superiores: al final —alegaban— representaban un Estado que se había constituido, supuestamente, sin los excesos destructivos de los demás americanos, sin arrobamientos revolucionarios, sin republicanismos y con la preservación del orden. Los creadores de ese mito, aunque no siempre creían ciegamente en su propia creación, por lo menos intentaban convencer a sus interlocutores internacionales de que aquella era verdadera.

En suma: más de dos décadas después de diseñar los primeros contornos de esa agenda de investigación (que como bien han señalado Ternavasio y Wasserman no tiene pretensiones completamente innovadoras) orientada hacia las múltiples experiencias históricas de articulación y reciprocidad entre las independencias de las Américas portuguesa y española, y entre las formaciones de los diversos Estados, naciones e identidades nacionales resultantes de aquellos procesos independentistas, me siento a gusto de darle seguimiento ahora con énfasis en los años 1823 y 1831 que, para el caso de Brasil, corresponden al llamado “Primer reinado”. Si de aquí a algunos años las páginas que resulten de este trabajo fueren dignas de interés y atención crítica de historiadores tan destacados como Ternavasio y Wasserman, o de otros interesados en el origen de esa América Latina que incluye a Brasil (y cuya genealogía Wasserman esbozó muy bien en su comentario), el propósito de producirlas, ciertamente, será recompensado.

4. La más contundente revisión de ese mito —y por ello, calurosamente bienvenida— se encuentra en Hélio Franchini Neto, *Independência e morte: política e guerra na emancipação do Brasil* (Río de Janeiro: Topbooks, 2019).